

## CAPITULO VII.

### EL SECRETO.

La parte moral de la precedente novela, produjo todo el fruto que deseaba su autora.

Isabel no se mostraba ya tan engreida con su hermosura, y en cuanto á Enrique tan escarmentado quedó de las funestas consecuencias de sus desvíos, que su primera disposicion fué impedir la entrada en su casa á don Julian de Linares, cuyas relaciones le inspiraban horror, mayormente desde que á fuerza de repetir la lectura de la novela de su querida mamá, la sabia ya de memoria.

No tenia mas afan que pasar el dia junto á su adorada madre, recibir sus caricias, oír sus saludables consejos y pedirle perdon por los sinsabores que le habia causado.

La tierna madre se consideraba tambien la mas feliz de las mujeres al ver á su hijo sano de cuerpo y de conciencia, y no habia para ella momentos mas deliciosos que los que pasaba en su adorable compañía.

¡Y era forzosa una separacion!

Los facultativos habian ordenado que para que la curacion de Enrique fuese completa, radical, y desapareciese el riesgo de que se le reprodujeran los dolores que le habian puesto al borde del se-

pulcro, era preciso, absolutamente indispensable que mudase de clima. Le indicaron la pureza de aires y las aguas minerales de las provincias vascongadas, como un remedio infalible.

La marquesa de Bellaflor no podia abandonar Zaragoza, no solo por las razones dichas ya en otro capítulo, sino porque esperaba de un momento á otro el regreso de su marido.

Quería confiar el cuidado de su hijo á la nunca desmentida honradez y fidelidad del viejo Tomás; pero Enrique no permitió que abandonase á su mamá, y se marchó solo.

Quedóse la marquesa resignada en Zaragoza; contenta porque le quedaban las caricias de su hija Isabel, la esperanza de ver en breve á su Luis, y las gratas impresiones que la curacion de Enrique y el arrepentimiento de sus pasadas locuras, habian dejado en su alma.

El regreso del marqués de Bellaflor iba retardándose por motivos políticos.

La conspiracion en que estaba iniciado, no reclamaba aun su presencia en España y la hacia mas ventajosa en París; por manera que antes regresó su hijo á Zaragoza, ya completamente restablecido de sus dolencias.

Después de todos los acontecimientos que acabamos de referir, llegamos al primero de junio de 1853.

La marquesa estaba contentísima.

Su hijo, ya enteramente restablecido, no le dejaba nada que desear; observaba una conducta irreprochable y era su inseparable compañero.

Quería mucho á su hermanita, y ambos hacian grandes progresos en sus estudios.

Lo que únicamente conservaba Enrique de sus anteriores costumbres era la de ataviarse con primorosa elegancia, lo cual daba realce á su gallarda presencia.

Los médicos desaprobaron que hubiera regresado tan pronto de su escursión; pero él alegó que se hallaba ya del todo bueno y que en ninguna parte se sentía mejor que al lado de su querida mamá.

—Además,—dijo á esta con timidez,—tengo que confiarte un secreto, y si como espero apruebas mis ideas, te dejaré otra vez.

—Un secreto, hijo mio,—respondió la marquesa.

—Sí, un secreto que te sorprenderá.

—Háblame con franqueza; ya sabes que además de madre soy tu mejor amiga, y en tu corazón no debe haber secretos para quien te ama como yo.

—Ya lo sé, mamá, y también yo te quiero más que á mi vida y me propongo no hacer nunca nada sin merecer tu aprobación.

Enrique guardaba silencio como ruborizado de lo que iba á revelar.

—¿Qué te detiene, hijo mio?

—El temor de disgustarte.

—Pues qué ¿se trata de alguna acción vituperable?

—No lo sé, he seguido los impulsos del alma, guiado por la mejor intención; pero como tantas veces he sido malo.... tal vez creerás que he vuelto á mis antiguos desvaríos, y bien sabe Dios que aspiro á labrar mi dicha por medio de una acción generosa.

—Tus frases son enigmáticas, Enrique; y sino me hablas con franqueza, es imposible que pueda yo auxiliarte con mis afectuosos consejos.

—¡Ay mamá mia!—esclamó Enrique besando la mano de su

madre con los ojos arrasados en lágrimas,—si mi conducta llegará á escitar tu enojo, me moriría de dolor. De tu aprobación depende mi felicidad.

—Creo, Enrique, traslucir algo del afán que te agita. Tú no amas solo á tu madre; otra mujer me ha robado gran parte de tu cariño.

—Madre mia, te amo con más ardor que nunca, el amor que te profeso es el que tú me has inspirado hácia Dios, te amo sobre todo lo de este mundo, porque ahora empieza á formarse mi razón y conozco lo que vales, conozco lo que te debo y nunca seré ingrato á la ternura de la que me ha llevado en su seno; pero... es verdad... amo á otra mujer... y la amo frenéticamente... la amo por que se parece á tí... la amo por que es un ángel como tú, mamá... un ángel que atesora mil virtudes.

—Hijo mio—esclamó la marquesa, alarmada por el apasionado lenguaje de su hijo—considera que tienes aun muy pocos años para conocer lo que es el mundo, lo que es la sociedad.

—Tengo pocos años, es cierto; pero merced á los malos consejos de un amigo que logró pervertirme, conozco muy bien lo que es el mundo, he vivido entre esa sociedad prostituida, y no se me oculta ninguno de los vicios de que adolece.

—¿Cómo te equivocas, Enrique! Yo misma he sido mil veces víctima de los hipócritas, tengo ya larga experiencia de sus artificios, parece que no debieran fascinar mi corazón escarmentado; y con todo, me engañan todos los días.

—Porque eres demasiado buena, mamá, y porque siempre lo has sido; pero yo he sido muy malo.... peor de lo que te figuras, mamá...

—No me aflijas con esos recuerdos.

—¡Oh! no, madre mia, no trato de afligirte, quiero al contrario, hacerte ver que conozco á fondo toda la fealdad del vicio, y que por esta razon es sincero mi arrepentimiento, créelo, mamá, no volveré á desviarme nunca del camino del honor.

—Muy bien, Enrique, muy bien, así me tendrás siempre contenta.

—¡Si vieras cuánto siento los sinsabores que te he causado! Por eso mas que por otra cosa me aflige sobremanera el recuerdo de mis desvaríos. Si tú no hubieras sido víctima de ellos, me consolara con la idea de haber aprendido á conocer á las gentes. Puedes estar tranquila sobre este punto; estoy muy prevenido sobre las asechanzas de la impostura, y no se me puede engañar tan fácilmente. Al asegurarte que la jóven á quien amo está dotada de excelentes prendas, estoy cierto de que no me equivoco.

—¿Y no pudiera ofuscarte el amor?

—El amor que la profeso es grande, mamá; pero no ofusca mi razon. Ya te lo he dicho, es un amor nacido precisamente de las virtudes que atesora el ángel que le ha inspirado.

—¿Y es hermosa esa jóven?

—Es encantadora; pero no creas que se parezca á la Carlota de tu novela; es hermosa como Carlota, y atesora *la belleza del alma* que la interesante Laura poseia.

—Parece que te acuerdas de mi novela—dijo con vanidad de autor la marquesa.

—¡Es tan linda!

—Tu voto es parcial, hijo mio; pero celebro mucho que te guste, porque así conocerás el objeto moral que me la ha inspirado.

—Cuando la leí, aborrecia de todas veras el libertinage, pero

aun cuando los acerbos desengaños que he recibido, y sobre todo, los santos consejos con que un venerable religioso roció mi espíritu de consuelo en el lecho del dolor hubieran sido infructuosos, estoy cierto de que tu novela me hubiera corregido.

—Siendo así, hijo mio, bendigo mi pobre trabajo, y estoy mas orgullosa de haberle escrito, que lord Byron, Cooper y nuestro gran Cervantes pudieran estarlo de sus sublimes creaciones. ¡Si vieras, hijo mio, cuán feliz me hace tu arrepentimiento!...

—¿Con que eres feliz, mamá?

—Mucho, Enrique, mucho, mientras no abandones tú la senda de la virtud.

—Entonces lo serás siempre.

—Gracias, Enrique mio, gracias.

—Y siendo tu feliz ¿tendrás valor para oponerte á mi felicidad?

—¡Yo oponerme á tu felicidad! ¿No sabes que no puede haber dicha para tu mamá, si tú no estás contento?

—¿Quieres decir con eso... que apruebas mi amor?

—Deseo tu bien, hijo de mi alma, y por lo mismo quisiera que tu eleccion fuese acertada.

—Lo es, mamá, lo es.

—¿Cómo puedes saberlo? Has tratado muy poco á esa jóven á quien amas.

—Sin embargo...

—Considera tambien que no es muy prudente contraer matrimonio á tu edad.

—Esa oposicion me asesina, mamá.

—No es oposicion, hijo mio—se apresuró á decir la tierna María angustiada porque vió caer una lágrima de los ojos de En-

rique—no es oposicion.... es hacerte las reflexiones que me parecen justas.

—Todo lo que tú puedas decirme, lo he reflexionado ya; y si no logro tu consentimiento... me moriré de dolor.

—¡Dios me libre de semejante desgracia! Has olvidado Enrique una cosa.

—Ya sé lo que quieres decir; que tambien necesito el consentimiento de papá.

—¿No crees tú que es lo primero que nos hace falta?

—Lo que yo sé, mamá, es que si tu apruebas mi amor, puedo contar de seguro con la aprobacion de papá, que siempre se esmera por hacer tu gusto. Si yo soy tan dichoso como él, tambien cifraré mi delicia en dar gusto en un todo á mi esposa.

—¿Y dónde vive esa mujer? ¿Qué condicion es la suya? ¿Qué edad tiene? ¿Quiénes son sus padres?

Enrique respondió francamente á todas estas preguntas, y su madre le reprendió con la dulzura que le era natural por lo que de las respuestas resultaba verdaderamente punible, escitóle á enmendar los desaciertos que habia cometido, y penetrada por cuanto se traslucia de las palabras de Enrique, que aunque habia habido cierta ligereza censurable en su proceder, era solo hija de la inesperienza, su última contestacion, después de hacer presente á su hijo su corta edad y dirigirle todas aquellas reflexiones propias de una buena madre, fué favorable á los deseos de Enrique, pues le prometió que no le negaria su consentimiento, si obtenia el de la madre de la jóven á quien amaba (que no tenia padre) y que se empeñaria en alcanzar igualmente el beneplácito de papá.

Habiale ocurrido á la marquesa que el matrimonio seria probablemente un saludable freno para Enrique, y que resultando la niña

en cuestion dotada de bellas prendas y digna por sus virtudes de la mano de su hijo , no era regular que volviera este á engolfarse en la vida licenciosa que tantos sinsabores le habia proporcionado.

Loco de contento salió Enrique en busca de su pasaporte para cumplir religiosamente los mandatos de su madre , y esta no se quedó menos satisfecha en casa al ver en la pundonorosa conducta de su hijo un porvenir hálagüeño para todos.

Púsose á dar leccion de canto y piano á su hija Isabel , mientras el negro Tomás andaba por allí ocupado en colocar preciosos ramos de flores en los jarros de porcelana.

Estuvo la marquesa tan jovial dando leccion á Isabel , que para enseñarla el buen estilo , cantó ella misma , después de largos años que no lo habia hecho , una linda romanza de Verdi : pero con tanta afinacion , con tanta maestría , con tanta gracia , con voz tan dulce , tan fresca y sonora , que aunque poco inteligente el negro Tomás , suspendió sus tareas para escucharla con la boca abierta , y batiendo palmas como un loco al final , exclamó con todo el entusiasmo de un entendido filarmónico :

— ¡ Bravo ! ¡ bravísimo ! Eso es cantar .

— ¿ Estabas ahí , Tomás ? — dijo la marquesa riendo .

— Aquí estaba alelado , — respondió el negro ; y dos raudales de lágrimas saltaron de sus ojos .

— ¿ Por qué lloras ?

— Lloro de alegría , señorita ... Ya era hora de que estuviera usted contenta .

— Si , amigo mio , sí , estoy muy contenta . Todos los dias recibo cartas satisfactorias de Luis , á quien tendré pronto el gusto de estrechar en mis brazos . Nunca se olvida de darme espresiones para tí .

T. II.

16



(14)

(Ayguals de Izeo hermanos, editores.)

—Tambien tengo yo muchos deseos de abrazarle.

—Igualmente he recibido carta de mi padre y de mis hermanos. Sé que todos están buenos; Manuel se ha casado con Carolina, y... ya véis, aquí Isabelita con su aplicacion,—y dió un apasionado beso á la niña,—Enrique con su pundonoroso modo de pensar, y todos disfrutando de la mejor salud..... ¡Oh! se acabaron para siempre mis pesares. Mi alegría es inmensa, Tomás... ¡hacia tanto tiempo que no disfrutaba un momento de placer! La suerte ha cambiado, amigo mio, y espero que cuando llegue mi Luis no hallará en esta casa mas que júbilo y felicidad.

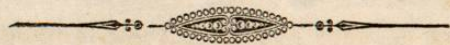
Sonó en este instante una confusa gritería en la escalera.

Abrióse de repente la puerta de la sala de par en par, como impulsada bruscamente, y en medio de una muchedumbre azorada apareció una camilla en la cual yacia un jóven cadavérico, cubierto de sangre que brotaba de una herida junto al corazon.

—¡Mi hijo muerto!—gritó la marquesa, y cayó en el suelo sin sentidos.

Enrique habia sido gravemente herido en desafío por don Julian de Linares.

Mas adelante sabrá el lector la causa de este funesto lance.



## CAPITULO VIII.

### EL MURCIÉLAGO Y LOS POLACOS.

No sabemos con qué objeto se ha dado el simpático nombre de *polacos* á los gobernantes de estos últimos años, que con mayor desfachatez han conculcado las leyes cometiendo todo linage de crímenes, esclavizando al trono y esquilmando al pueblo para amontonar el oro en sus fastuosos palacios, centros de prostitucion, de hurto, de escándalos, de repugnante inmoralidad.

Y no solo se aplica el nombre de *polacos* á los que tan villanamente desgarraron el seno de la madre patria, sino á sus viles paniaguados, á sus torpes aduladores, y á cuantos militaban bajo la afrentosa bandera de unos aventureros que la indignacion y vindicta pública lanzaron de las doradas poltronas para hacerles sentar en el banquillo de los acusados.

Hemos oido en algun periódico la definicion de la palabra *polaco* aplicada á todo sectario de la situacion derribada en julio